

do, y como una indemnizacion de los gastos y sacrificios que habia hecho por ella; que aquella suma, garantizada por la casa de Escandon, se pondria en el punto que el Sr. Comonfort designase, dentro ó fuera de la república, en la inteligencia de que él podria vivir en su patria ó en el extranjero, honrado siempre por el gobierno de su país, y mereciendo la gratitud de sus conciudadanos, á quienes habria libertado de una guerra civil, interminable y desastrosa. Gener dijo tambien que podria Comonfort continuar en Acapulco con el mismo destino de gobernador y comandante principal de la demarcacion.» (1)

1854. Comonfort agradeció; pero no admitió ninguna de aquellas ofertas, y los comisionados volvieron al campo sitiador sin haber alcanzado nada.

Al siguiente dia se dirigió el general Céspedes á verse con D. Ignacio Comonfort á fin de saber la contestacion que el general D. Juan Alvarez habia dado á la intimacion del dia anterior, y pocas horas despues volvió con otra comunicacion de Santa-Anna que Comonfort no quiso recibir. Céspedes, sin embargo, pidió, en nombre de Santa-Anna, que se suspendiesen las hostilidades hasta las seis de la mañana del dia siguiente 22 en que se esperaba la contestacion de D. Juan Alvarez. Comonfort convino en esa tregua, y, en consecuencia, los fuegos se suspendieron. En una actitud expectante pasó el ejército de Santa-Anna los dias 22 y 23, sin que hiciese movimiento ninguno sobre la plaza: el 24 se dirigió hácia Icacos una

(1) «Historia de la Revolucion de Méjico, contra la dictadura del general Santa-Anna. 1853-1855.»

seccion de infanteria; el 25 situó su ejército en las lomas del Herrador, sitio mas distante de la plaza que el que habia ocupado hasta entonces en el campo de las Huertas; y el 26 de Abril levantó el sitio, emprendiendo su marcha de retroceso hácia la capital de Méjico.

Al ver este movimiento, D. Juan Alvarez, cuyas fuerzas, como he dicho, se habian situado en unas alturas al N. E. de Acapulco, dió orden al general Moreno para que hostilizara á las tropas de Santa-Anna en su retirada, y dispuso que el coronel D. Encarnacion Alvarez se colocase en el cerro llamado el Peregrino, con el fin de cortarle la retirada. Cuando Comonfort observó el movimiento retrógrado de las tropas sitiadoras, envió una guerrilla exploradora para cerciorarse de si era un ardid ó una realidad, el levantamiento del sitio. La guerrilla, mandada por el capitan Hernandez, llegó al Herrador. En este sitio, y colgados de dos árboles, se hallaban los capitanes Indart y Vargas que las fuerzas de Santa-Anna habian hecho prisioneros el dia 13 en la accion del Coquillo. Llevados hasta Acapulco, el 25 se les hizo consejo de guerra por mandato del general presidente, y, sentenciados á muerte, fueron fusilados á las siete de la mañana del 26, poco antes de que se emprendiese la retirada. ¡Funestos resultados de las impías guerras civiles! Y como si la sangre no bastase á satisfacer el despecho causado por la resistencia de Acapulco, se agregó á ella el incendio de algunos cortos pueblos como las Cruces, la Venta, Dos-Arroyos, Cacahuatpec y Venta Vieja.

Los fusilamientos de los capitanes Indart y Vargas, llenaron de indignacion el corazon de D. Juan Alvarez, quien

se propuso fusilar, en represalias, al coronel Zambonino y al primer teniente de marina D. Sebastian Holzinger, confinados en la mortífera isla de Caballos. No era justo ejercer semejante represalia en hombres que habian sido reducidos á prision en plena paz; pero sin duda se hubiera llevado á cabo, si D. Ignacio Comonfort no se hubiera interpuesto para salvarles. Resuelto á conseguirlo, solicitó del general Alvarez que les dejase bajo su custodia; y viendo que éste se resistia, acabó por decirle que, si en algo estimaba sus servicios y la defensa que habia hecho de Acapulco, le entregase los dos presos. D. Juan Alvarez no pudo negarse al fin á los deseos de Comonfort, y éste puso en libertad á Zambonino y Holzinger tan luego como le fueron entregados. Este rasgo de humanidad honra á D. Ignacio Comonfort, que desde entonces alcanzó un gran prestigio en el concepto público.

El dia 29 de Abril llegó Santa-Anna al rancho denominado *Agua del Perro*, molestado siempre en su marcha, por las fuerzas del general D. Tomás Moreno. Al saber que el cerro del Peregrino, que distaba aun legua y media, se encontraba defendido por los sublevados, dispuestos á atajarle en su marcha, dió descanso á su tropa; y en la madrugada del 30 marcharon, con Santa-Anna á la cabeza, 1800 infantes escogidos y cuatro piezas de artillería sobre las posiciones de los disidentes. Mientras Santa-Anna combatia contra las fuerzas que le oponia el coronel D. Encarnacion Alvarez, su convoy que habia quedado en *Agua del Perro* custodiado por fuerzas del 11.º batallón, fué atacado por D. Tomás Moreno; pero auxiliado aquel punto por tropas que envió Santa-Anna, se vió pre-

cisado á retirarse. Del éxito de este combate se habló con variedad, atribuyéndose cada partido la victoria. El gobierno, por su parte, lo hizo pasar por un gran triunfo que habia alcanzado, y se celebró con grandes demostraciones de regocijo en todas las ciudades de la república.

1854. La capital de Méjico que desde la salida de Santa-Anna de Chilpancingo para Acapulco, no habia tenido noticias de la suerte que habia corrido el ejército, á causa de haber estado interceptados los caminos por guerrillas de sublevados, empezó á saber los sucesos ocurridos. Entre estos, uno de los que sintió con todas veras fué la muerte del apreciable general D. Nicolás Bravo, una de las glorias de la independencia, acaecida el 22 de Abril, despues de una larga y penosa enfermedad. El gobierno, lo mismo que todo el país, sintió la muerte de aquel excelente patriota, y Santa-Anna se esmeró en manifestar, por medio del *Diario Oficial*, el aprecio que á su memoria consagraba. *El Universal* y otros periódicos presentaron de luto sus columnas por espacio de nueve dias. ¡Digno tributo de justicia que se debe consagrar á las virtudes de todo hombre público, sin distincion de credo político, que se ha dedicado al bien de la sociedad!

Con motivo de la muerte del expresado general Bravo, los enemigos del gobierno hicieron correr las voces mas ofensivas contra Santa-Anna; voces á que dió origen un artículo publicado en el *Boletín oficial del ejército restaurador de la libertad*, periódico de los sublevados, que salia á luz en Acapulco, y voces que, por estar consignadas en una obra que habla de los acontecimientos de aquel pe-

riodo, (1) necesitan desvanecerse. «En aquellos dias,» dice la expresada obra (2) «apareció una proclama del general Bravo á los habitantes del Sur, aconsejándoles que abandonaran la revolucion y prestaran obediencia al gobierno; y con este motivo, el *Boletín oficial del ejército restaurador de la libertad*, que se publicaba en Acapulco, dijo cosas que verdaderamente estremecen, sobre la muerte de Bravo. Dijo que al pasar por Chilpancingo el general Santa-Anna, habia exigido del ilustre veterano que le ayudara con su influjo y experiencia en la campaña que emprendia, y que Bravo se habia negado á ello prestando sus enfermedades; que le habia excitado á que dirigiese la palabra á sus compatriotas contra la revolucion, y que habiéndose negado tambien, se le forzó en el lecho del dolor á que firmara un manifiesto, so pena de ser conducido preso á Iguala; que poco satisfecho Santa-Anna y los suyos de la forzada condescendencia de Bravo, dispusieron deshacerse de él, cuando ya estuvieran distantes de Chilpancingo, para alejar toda sospecha; que al efecto redoblaron con él sus atenciones, le hicieron grandes ofrecimientos, y le comprometieron á que aceptara los cuidados de un cirujano del ejército, á quien quedaba recomendada la curacion; que el general Bravo, admitiendo aquella prueba de fingida amistad, no sospechó un momento que su existencia y la de su esposa quedaban en pe-

(1) «Historia de la revolucion de Méjico, contra la dictadura del general Santa-Anna. 1853-1855.»

(2) «Historia de la revolucion de Méjico, contra la dictadura del general Santa-Anna. 1853-1855.»

ligro; que este era el secreto de la desaparicion del general, y que la historia esclareceria y relataria los pormenores del atentado.» Pues bien, voy á esclarecerlos en pro de la verdad y de la justicia. Que Santa-Anna no pudo, al 1854 pasar por Chilpancingo exigir con amenazas que el general Bravo diese el manifiesto, se desprende de que éste fué publicado, como dejo consignado en su lugar, el 10 de Marzo, en Chichihualco, y el dictador llegó á Chilpancingo el 29. Pero aun suponiendo, sin conceder, que hubiese llegado el mismo dia, ¿puede hacerse el ultraje al general Bravo, cuyo noble carácter y entereza todos reconocen, de que hubiera cedido á las amenazas de ningun poder? No menos fácil de destruirse es la acusacion de que, «poco satisfecho Santa-Anna y los suyos de la forzada condescendencia de Bravo, dispusieron deshacerse de él, cuando ya estuvieron distantes de Chilpancingo.» Si alguno hubiera estado interesado en la muerte de Bravo, seguro es que no hubiera comunicado á nadie su proyecto de asesinarle. ¿Y era posible que Bravo se dejase curar, alejado ya Santa-Anna, de un facultativo que con tanto empeño le habia dejado el hombre que, al decir de los disidentes, le habia obligado á publicar un documento contrario á su conciencia? ¿Y no está arguyendo falsedad el callar el nombre del facultativo que tomó parte en aquel supuesto hecho? ¿Por qué esa omision? ¿No salta á la vista del menos pensador que fué para evitar que la noticia quedase desmentida por él, para no cargar tambien con la nota de asesino? Los hombres dominados por sus pasiones políticas arrojan sobre sus contrarios la calumnia para desprestigiarles en el concepto público. La acusa-

cion arrojada por el *Boletín oficial del ejército restaurador de la libertad*, es á todas luces injusta. Puesto en claro el hecho que ha dado lugar á las anteriores reflexiones, sigamos la marcha del dictador en su retirada de Acapulco.

1854. Santa-Anna, despues de la accion del Peregrino, iba siendo recibido en las poblaciones por donde pasaba, con las mismas muestras de aprecio que se le hicieron cuando se dirigió á Acapulco. Los nombres de *libertador* y de *salvador*, se escuchaban en todos los discursos y se leían en todos los periódicos oficiales y oficiosos. Todas las autoridades procuraban demostrarle su adhesion de una manera sorprendente. Las de Méjico, deseando que su llegada á la capital tuviese el brillo de una recepcion régia que superase á todas, hicieron publicar, con fecha 12 de Mayo, en el *Diario Oficial*, el programa de su recepcion para el dia en que, segun aviso que habian recibido, debia efectuarse su entrada en la populosa ciudad. Los artículos principales de ese programa que dictó la adulacion y aceptó la vanidad, defectos ambos de que deben huir, de aquel, los que rodean el poder, y de éste, el que lo ejerce, presentaban vasta materia á los contrarios al dictador y á todo hombre imparcial y recto, á la censura y á la crítica. El programa era, en todas sus partes, la expresion de la lisonja y de ninguna manera de la verdad. Poniendo el orden con que se habia de hacer la recepcion decia: «El dia 16, á las 9 de la mañana, se dirigirán al santuario de la Piedad, todas las corporaciones é individuos que fuesen convidados para acompañar á S. A. S. en su entrada triunfal á esta capi-

tal. Reunidos allí, serán colocados los coches segun las órdenes que dictará el gobernador del distrito, para que sin embarazo alguno puedan emprender la marcha en el orden siguiente: Al frente vendrán cuatro batidores de caballería. En seguida, los vítores, ordenados por el gobernador del distrito, segun la numeracion de los respectivos cuarteles, y solo desde la garita, donde se incorporarán con la comitiva. Los coches de particulares convidados, bajo las mazas del ayuntamiento, guardándose la precedencia que un ayudante de plaza señalaré en aquel lugar; bien entendido que no serán admitidos coches sin libreas ó con número. Los miembros de la orden de Guadalupe, comenzando por los caballeros, siguiendo los comandadores y despues los grandes cruces, distinguiéndose cada una de estas clases por las rosetas de los lacayos que se emplearon en el dia de la instauracion de la misma orden. Los secretarios de estado y del despacho. S. A. S. solo en su coche, acompañado del gobernador del distrito á caballo, á la derecha, y del que haga las veces de comandante general, del mismo modo, á la izquierda. Detrás del coche de S. A., los ayudantes de campo con su jefe á la cabeza. Despues de estos, y á cierta distancia, el mayor de plaza á caballo, seguido de sus ayudantes. Un escuadron de lanceros con estandarte y música. Un ayudante de plana mayor, de la clase de jefes, cuidará de que se observe este orden y se guarden las distancias debidas: de que el camino esté libre, para lo cual irá á caballo con dos subalternos y cuatro ordenanzas fuera de la comitiva y sin mezclarse con ella: recorrerá el espacio que esta vaya ocupando, y acudirá á re-

parar la falta donde la notare. Todas las autoridades, corporaciones y demás empleados, estarán en la iglesia Catedral en punto del medio día en sus respectivos lugares, para salir á recibir á S. A. al apearse en el arco de triunfo y acompañarle al *Te-Deum*. S. A. S. pasará solo bajo de dicho arco y sin ninguna compañía.»

1854. Como se ve, la recepcion que se le disponia rivalizaba en esplendor con la que el pueblo romano preparaba á sus emperadores cuando volvian triunfantes. Pero mientras en unos puntos se hacian grandes preparativos para recibirle con la mas inusitada pompa, en otros se trabajaba por derrocarlo del elevado puesto que ocupaba; y en tanto que en Méjico se disponian sus adictos á obsequiarle espléndidamente, en Coeneo, el día 6 de Mayo, se sublevaban contra él muchos descontentos, capitaneados por Huerta, Guerrero, Arias y Pueblita. Sin embargo, pocos se atrevian á levantar el estandarte de la rebelion fuera del Estado de Guerrero, bien porque nada bueno esperasen de un nuevo órden de cosas despues de los amargos desengaños que en cada cambio de gobierno recibia el país, bien por el terrible rigor desplegado contra los sublevados que eran hechos prisioneros. La pena de muerte se aplicaba á todos los cabecillas ó promovedores de cualquier motin, y el temor al castigo era una barrera que contenia aun á los adictos á la revolucion. En Arroyo de la Luna, algunos soldados que se amotinaron provocando una sedicion, fueron aprehendidos, y varios de ellos fusilados en el acto. Tambien fueron fusilados los cabecillas que tomaron parte en una asonada verificada en Tancitaro: en Ulua fué fusilado el sargento Manuel Gonzalez

por haber promovido un motin; y en todos los puntos, en fin, en que se aprehendia á cualquiera que figuraba como oficial, se le pasaba á éste por las armas. Si es cierto, como alguno ha dicho, y yo lo creo tambien, que el gobierno mejor es aquel que menos se hace sentir, preciso será confesar que el de Santa-Anna no era el mas acreedor al honoroso calificativo del autor, puesto que se hacia sentir demasiado.

Y no solo con los conspiradores se ejercia un duro rigor, sino tambien con la prensa que se atrevia á no ir de acuerdo con algunas medidas que se dictaban. A los redactores del *Trait D'Union*, periódico francés, se les impuso una multa de cuatrocientos duros y se recogieron todos los ejemplares del número del día 13 de Mayo, por un artículo intitulado «Crónica de Méjico;» á los de *El Siglo XIX* se les impuso otras por diversos artículos, y á varios editores se les hizo salir desterrados.

La tirantez en que se tenia á la sociedad no podia ser, como se ve, mas extrema; pero á pesar de conocerlo así el país entero, se resignaba á sufrirla, por temor de que el triunfo de la revolucion colocase en el poder á los hombres de 1828 y 1833, á quienes Santa-Anna acaudilló entonces, y de los cuales muy pocos le siguieron al abandonar sus banderas. ¡Triste suerte la de un pueblo, obligado por las circunstancias y los continuos desengaños, á soportar á un mal gobernante, temiendo no mejorar de situacion con otro nuevo!

Los excesos que se cometian por algunos jefes de la revolucion, y que los periódicos presentaban con exagerado colorido, no eran los mas á propósito para infundir con-

fianza en los hombres pensadores. Las crueldades que se referían del guerrillero José Abarca, presentándole como martirizador de sus prisioneros, y las arbitrariedades y exacciones que se contaban de otros, causaban un efecto que despolarizaba la revolución. Abarca se había hecho notable por su crueldad, y las cortas poblaciones le temían. Habiéndole recibido mal los habitantes del rumbo de Chilapa, quemó, por venganza, la hacienda de Nanzinotla y el trapiche de Tlazinga. Esta fué su última obra de devastación; pues al tener noticia del suceso el jefe del gobierno que se hallaba en Chilapa, envió una fuerza de doscientos infantes y ochenta de caballería para batirlo. Abarca tenía trescientos hombres, y esperó á sus contrarios, pues aunque cruel, era valiente, y se trabó la lucha. Abarca combatió con desnudo, pero al fin su gente fué derrotada, y él quedó muerto en la acción.

1854. La prensa adicta al gobierno daba á conocer esos excesos de algunos guerrilleros con objeto de enagenarle á la revolución toda simpatía, y se olvidaba que iguales actos habían cometido las tropas de Santa-Anna en su retirada de Acapulco. En los mismos instantes casi en que se pintaban los incendios de Abarca con el negro colorido que realmente les correspondía, aplaudían los periódicos ministeriales la devastación del pueblo de Tenamasapa, reducido á cenizas por una fuerza del gobierno. El hecho se encontraba referido en el *Boletín Oficial* de Chilpancingo, de la manera siguiente. «Sublevados los indígenas del pueblo de Tenamasapa, en el distrito de Tlapa, por las sugerencias de los agentes de D. Juan Alvarez, marchó contra ellos una sección al mando del capitán

de granaderos D. José Francisco Montañó, y habiendo batido á los revoltosos, fueron puestos en una completa dispersión, y perseguidos en su fuga por los auxiliares de los pueblos de Sotomitlahuca y Tlacuapa, quienes, después de este hecho, destruyeron el pueblo rebelde, reduciéndolo á escombros. Esta medida rigurosa parece que ha tranquilizado á aquellos pueblos.» ¡Así cada contendiente trataba de justificar aquellos mismos actos que calificaba de inhumanos y crueles en sus contrarios, y que realmente lo eran! ¡Como si la iniquidad dejase de ser iniquidad, y la virtud virtud, cualquiera que sea el hombre ó el partido político por quien se ejerzan! La sociedad, que era la única víctima, reprobaba todo lo que no estaba en relación con la justicia, y temía la destrucción del país si la contienda se prolongaba por mucho tiempo. No parecía sino que todo se había conjurado contra la felicidad de una nación que realmente merecía disfrutarla, por la buena índole de sus amables habitantes y por la inagotable riqueza de su suelo. Como si no bastasen á la ruina del país los incendios cometidos por algunos jefes de uno y otro partido político, se agregaban otros incendios y nuevas devastaciones cometidos por los indios bárbaros en los departamentos limítrofes. Era una época luctuosa, en que la gente honrada y pensadora, llegó á perder hasta la más remota esperanza de bien social. Pero entre tanto que la sociedad sufría, los aduladores y ambiciosos que ven las cosas por un lado muy distinto del laborioso ciudadano; por el lado de la especulación y del provecho propio, se disponían á salir al encuentro del dictador, para darle la bienvenida á la capital después de la penosa campaña.

Los preparativos en la capital para recibirle, se hacian con una actividad asombrosa. Arcos triunfales, funciones de teatro, corridás de toros, todo se disponia para demostrarle la mas íntima adhesion. Por fin llegó el 16 de Mayo; y á las cuatro y media de la tarde hizo Santa-Anna su entrada triunfal en la capital de la república, en medio de las músicas, de los cohetes, del repique general de campanas, de las salvas de artillería. Un gran arco triunfal se levantó en medio de la plaza de armas, que entonces no tenia los jardines que hoy la adornan; y por debajo de él, cual si volviese de haber alcanzado grandes triunfos sobre extranjeros enemigos, pasó satisfecho, recibiendo los *vivas!* de sus adictos. Por la noche se iluminó la ciudad, y el presidente recibió las felicitaciones de un gran número de personas que desempeñaban elevados puestos públicos.

Pasados algunos dias, esto es, el 21 del mismo mes de Mayo, se celebró en la colegiata de la villa de Guadalupe, una fiesta religiosa en accion de gracias por el regreso de Santa-Anna á la capital; y sucesivamente, por espacio de mas de un mes, se ocuparon los periódicos de publicar las felicitaciones de los gobernadores de todos los departamentos, al general presidente por su feliz regreso á la capital.

Se hubiera dicho al ver los plácemes y las lisonjeras enhorabuenas que recibia al volver de la campaña, que la victoria le habia acompañado en su marcha y que no dejaba contrarios á quienes combatir. Que la paz y la abundancia, la seguridad y el orden reinaba por todos los ámbitos de la república. Que los pueblos habían encontrado al hombre que les conducia á la felicidad completa.

## CAPITULO XI.

Venta del territorio de la Mesilla.—Causa profunda pena en todo el país la expresada venta.—Sublevacion de algunos soldados para desertarse.—Son aprehendidos y fusilados.—Varias ventajas alcanzadas por los pronunciadados.—El conde Raousset Boulbon, con cuatrocientos franceses y alemanes trata de hacerse dueño de la ciudad de Guaymas.—Es vencido y hecho prisionero.—Conducta noble del general mejicano Yañez, con su prisionero.—Es sentenciado á muerte el conde Raousset Boulbon.—Carta que escribe á un hermano suyo dándole noticia de su próxima muerte.—Otras dos cartas escritas en el mismo sentido.—Fusilamiento del conde Raousset Boulbon.—Los comerciantes de Sinaloa y Tepic regalan una espada al general Yañez por el triunfo alcanzado sobre el conde Raousset.—Ingratitud con que el gobierno pagó el triunfo del general Yañez.—Nuevos pronunciamientos contra el gobierno.—Accion en Coyuya.—Accion en el cerro del Limon ganada por el general Zuloaga, general de las fuerzas del gobierno.—Muere el jefe insurrecto Villalva en la accion.—Recibe el gobierno mejicano del de los Estados-Unidos los siete millones correspondientes á la cesion de la Mesilla.—Medidas de rigor tomadas por Santa-Anna.—Varios destierros.—Rasgo noble del prisionero D. Enrique Angon, y del general Udaeta.—Comonfort recibe en los Estados-Unidos todos los recursos necesarios del español Ajuria.—El gobierno señala una pension á la madre del padre Jarauta.—Se apodera el jefe disidente Huerta del valle de Santiago.—Se pide á los pue-